
La espiritualidad de san Ignacio como sustrato de la misión universitaria

Jon Sobrino, sj.

Quisiera comenzar con unas palabras justificativas del tema que me han pedido desarrollar. Por una parte, en los estatutos de la UCA se afirma una estrecha relación entre la UCA y la Compañía de Jesús por fundación, tradición y martirio, según lo cual, para conocer lo que la UCA quiere ser, al menos idealmente, hay que conocer lo más importante de la Compañía de Jesús, y, dentro de ello, lo fundamental de san Ignacio de Loyola, su fundador.

Por otra parte, presuponemos que la historia reciente, dicho con modestia, ha demostrado en alguna medida que la inspiración de la Compañía de Jesús y de san Ignacio puede ser buena y provechosa para una universidad en tiempos como los nuestros y en un país como El Salvador. Y hay que añadir que, si no lo fuera, los jesuitas no tendríamos justificación ética para dirigir universidades.

En esta exposición queremos concentrarnos en algunos rasgos específicos del ser y hacer de aquel ser humano llamado Ignacio de Loyola, nacido en Azpeitia, Guipuzcoa, en 1491. Al conjunto de esos rasgos lo llamamos el "espíritu" de san Ignacio, *spiritus*, *pneuma*, es decir, el *viento*, la *energía*, que lo configuró a él de una determinada manera, y que -en lo fundamental y debidamente historizados- pueden

* El siguiente texto es una exposición tenida el 20 de febrero del 2003 en el Seminario organizado por la UCA de San Salvador sobre "La relación Universidad - Compañía de Jesús". Al Seminario asistieron alrededor de 200 docentes y administrativos de la UCA. En su inmensa mayoría eran laicos y laicas, interesados en conocer las raíces ignacianas de la Universidad. Por esa razón, la exposición recoge y analiza, en forma introductoria y sencilla, algunos elementos de san Ignacio, que en opinión del ponente son fundamentales en San Ignacio y pueden ser fructíferos para una universidad.

llegar hasta nosotros y ayudar -junto con el espíritu de otras personas y otras tradiciones- a configurarnos como personas e instituciones.

Analizaremos los rasgos que nos parecen más estructurantes y relevantes para una institución como la UCA y las personas que trabajan en ella. En concreto vamos a analizar tres cosas del espíritu de san Ignacio: 1) su mística de *servicio*, 2) su visión de la *realidad sufriente*, 3) su aprecio por el *saber* y su potencial apostólico. Lo vamos a hacer en forma de sencillas reflexiones, con la ayuda, muchas veces, de la interpretación de Ellacuría -buen conocedor, tanto de la UCA como de san Ignacio-, e ilustrándolo con algunas cosas de la realidad de la UCA.

1. Lo fundamental: la mística de servicio

Alrededor de sus 30 años san Ignacio tuvo una experiencia que le llevó a un radical cambio de vida. Digamos ante todo, que san Ignacio era entonces un "laico", bautizado, sí, pero sin especial interés en el conocimiento y práctica de la vida cristiana, lo que significa que su experiencia y las exigencias que surgieron de ella fueron hondamente *humanas*. Pronto las formuló en un *contexto cristiano*, pero su contenido fundamental es comprensible para todos hasta el día de hoy: "para qué vivir", "cómo vivir". Y para este seminario es importante recalcar que estas preguntas pueden hacerlas no sólo personas, sino también instituciones. (En 1969, por ejemplo, Ignacio Ellacuría dirigió un retiro para todos los jesuitas de Centroamérica, de modo que la provincia como tal, es decir, una institución, se hizo las preguntas fundamentales mencionadas. Lo mismo puede decirse, con todas las analogías del caso, de una Universidad).

1.1. La conversión

Central en la experiencia de san Ignacio fue la conversión, palabra que no debe asustar pues su significado primordial es antropológico. El término *versión* connota un movimiento que lleva a algún tipo de cambio. Así *di-versión* significa tomar otro rumbo (pasar a situaciones distintas de las normales). *Re-versión* significa dar un giro importante en la dirección tomada. Lo que la palabra *con-versión* recalca es que ese cambio de dirección se hace *en contra* de lo anterior. La pregunta por la

conversión, su necesidad y exigencias es, pues, hondamente humana. Lo que le añade el lenguaje *religioso* es la radicalidad típica de dicho lenguaje, pues lo religioso pone al ser humano ante lo que es tenido por *último*: "Dios". Y lo radicaliza también al denominar *pecado* aquello contra lo que hay que cambiar, es decir, fracaso *último* del ser humano -y de una institución.

En 1987, en el centenario de la Universidad de Deusto, Bilbao, dirigida por jesuitas, me pidieron hablar sobre la inspiración cristiana de una universidad, y comencé analizando los pecados, posibles y reales, de una universidad cristiana. No se trataba de descortesía precisamente en un contexto de celebración, ni de masoquismo, ni de clericalismo, sino de ser honrados ante el fracaso que acecha a todo lo humano, también a una universidad, y con la subsiguiente necesidad de cambiar, de conversión. Y con mayor audacia habló Ignacio Ellacuría cuando, en su último discurso en Barcelona, el 6 de noviembre, 1989, insistió en que hay que "*revertir* la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección". Conversión no es, pues, algo esotérico, puramente religioso, sino que es una necesidad para personas e instituciones y para la misma historia humana.

La insistencia en la conversión no es, por supuesto, monopolio del espíritu de san Ignacio. Por mencionar casos bien conocidos de la tradición cristiana, por la conversión pasaron Francisco de Asís, Bartolomé de las Casas, Monseñor Romero, aunque, en este caso, otros prefieren hablar simplemente de cambio. Pero sigue siendo verdad 1) que san Ignacio pasó por una conversión radical, 2) que sin tenerlo en cuenta no captamos algo fundamental de su espíritu y 3) que, dada la radicalidad de su conversión, puede ayudar hasta el día de hoy a comprender la necesidad de la nuestra y los bienes que se derivan de ella para personas e instituciones. En cualquier caso, no hay que escamotearla, como -en mi opinión- puede ocurrir. Entonces nos apuntamos a la espiritualidad de un Ignacio ya convertido, sin tener que pasar por y ahondar en el momento central de la conversión.

1.2. El servicio

El laico Ignacio nos cuenta en qué consistió su conversión. La fue historizando a lo largo de su vida, pero lo fundamental quedó claro muy pronto. Es cierto que al principio quería hacer grandes penitencias, como

san Francisco de Asís o santo Domingo, y llegar a ser santo eximio como aquellos. Pero pronto cambió ese modo de pensar, y concibió la *conversión*, su nueva vida, como “ayudar a las ánimas”. En lenguaje de hoy, se decidió a *salirse de sí mismo para servir a los otros*. El servicio será desde entonces el centro de su espiritualidad.

Hay que insistir en que ese espíritu de servicio es producto de una conversión, pues, en sí mismo, es todo menos evidente, ni para las personas ni para las instituciones, cuyo dinamismo natural es el egocentrismo, cuando no el egoísmo. El salirse de uno mismo, incluso contra uno mismo, para servir a otros, es difícil -y en la actualidad sigue siendo absolutamente contracultural.

Por lo que toca a la UCA, creo que, al menos idealmente y en algunas de sus realizaciones, ha hecho del servicio algo central. Así ocurre cuando afirma, teóricamente, que su centro no está dentro de ella, sino fuera; y que tiene que ser conciencia crítica y constructiva de eso que está afuera: la sociedad. Siguiendo esta lógica ha formulado su misión como el servicio a las mayorías populares, entendiendo desde ellas lo que debe ser la transformación social. De ahí también que su función lógicamente prioritaria sea la proyección social, considerada la UCA como un todo.

En este contexto, volver a san Ignacio es la expresión de querer mantener el *servicio* en el centro de la UCA. Y es necesario hacerlo periódicamente.

1.3. Características del servicio

Las presentamos aquí en su forma ideal, tal como san Ignacio las pensaba para los seguidores de Jesús y para los jesuitas. Pero bien pueden caracterizar el servicio de una universidad.

a) San Ignacio concebía a los jesuitas como *llamados* (vocación) y *enviados* (misión). En lenguaje *religioso* quien llama y envía es Dios, Jesucristo. Pero esto puede decirse también en lenguaje *histórico*: la llamada y la misión provienen de la realidad, más en concreto, de las mayorías sufrientes de nuestro mundo -siendo esto segundo, lo histórico, cristianamente hablando, mediación de lo primero, lo religioso.

Comprender el servicio desde el ser enviados significa que de algo “se nos ha encargado”, de lo cual se deduce una responsabilidad primordial y un tener que dar cuenta a la realidad, a las mayorías sufrientes -o a Dios. Servir con esta conciencia otorga una especial calidad al servicio, y mueve a una generosidad sin límites, bien que se trate de responder a la llamada de Jesucristo o a la de las víctimas de este mundo.

b) En segundo lugar san Ignacio pedía a los jesuitas que realizasen *el mayor servicio*, según el conocido lema de la Compañía de Jesús: “a mayor gloria de Dios”. “Mayor”, “más”, “*magis*”, son términos típicamente ignacianos. Puede haber varias explicaciones de ese *magis* ignaciano, pero, en mi opinión, hay que comprenderlo no tanto desde la subjetividad, con el peligro de que se convierta en obsesión de sobresalir por encima de los demás, sino desde la objetividad. La realidad es lo que exige responder con la mayor generosidad, dada la magnitud objetiva del mal que hay que erradicar y la inmensidad de la tarea de humanizar. Lo descomunal del mal existente y la inmensidad del bien necesario es lo que exige un servicio siempre “mayor” (piénsese en Irak, en África, en nuestro país, empobrecido y desencantado).

Por decirlo en sencillo lenguaje teológico, me parece a mí que lo que exige el “más” no es *Dios-en-sí-mismo*, como si estuviese preocupado de que le honremos “más” a él -preocupación que tenemos los humanos-, sino que es la *creación de Dios* la que clama por un “más” de justicia, verdad, paz, esperanza, misericordia, vida y fraternidad: “la gloria de Dios es que el pobre viva” (Monseñor Romero). El “más” es amplitud de miras y de espíritu. El “más” se expresa en una generosidad sin límites, en vivir y desvivirse por salvar la creación. Dicho de nuevo, en palabras de Ellacuría: “lo que queda por hacer es mucho. Sólo utópica y esperanzadamente uno puede creer y tener ánimo para intentar con todos los pobres y oprimidos del mundo revertir la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección”. (Barcelona, 6 de noviembre, 1989).

c) En tercer lugar hay que *realizar el servicio en gratuidad*. Esto significa que hay que trabajar, como dice san Ignacio, “sin esperar humana recompensa alguna”. El servicio no es para conseguir bienes,

éxito, fama, aunque puedan sobrevenir. El servicio lleva en sí mismo su propia recompensa y genera su propio gozo.

Significa servir agradecidamente. En los años de revolución, y en medio de la generosidad de muchos, José Ignacio González Faus decía en sus clases de antropología teológica que “hay que hacer la revolución como un perdonado”. Hay que servir sin arrogancia ni prepotencia, sino agradecidamente.

Significa, por último, aceptar que la iniciativa y la capacidad para el servicio viene de lo alto -el Padre celestial-, y desde abajo -las mayorías sufrientes. En palabras de Monseñor Romero: “con este pueblo no cuesta ser buen pastor. Es un pueblo que mueve a su servicio”. Es bien sabido que san Ignacio exigía una formación y una preparación exquisitas para el servicio eficaz, pero con la conciencia de que nuestras capacidades, la decisión a servir, la dirección correcta a seguir “nos ha sido dado”.

Por lo que toca a la UCA, creo que el impulso al servicio y mucho de su saber fundamental le ha venido del pueblo pobre, de Monseñor Romero, de los mártires. Al servir, la UCA devuelve universitariamente lo que ha recibido. Y, para cerrar el círculo de la gratuidad, cuando los pobres le agradecen ese servicio, en ello está su gozo.

d) Por último, para san Ignacio el servicio es *un servicio crucificado, en debilidad, conflicto y persecución*. Baste con mencionarlo, y, en cualquier caso, la historia reciente de la UCA lo deja en claro.

2. La visión de un mundo sufriente y su salvación

Quisiera hacer ahora tres breves reflexiones sobre la visión del mundo que tenía el laico san Ignacio, más o menos un año después de su conversión. Historizada esa visión adecuadamente, como lo hizo Ellacuría, me parece muy importante, pues no suele hacerse y se necesita.

2.1. Perdición y redención

En lenguaje antropomórfico cuenta el Antiguo Testamento cómo veía Dios el mundo después de un cierto tiempo tras la creación. “Viendo Jahvé que la maldad del hombre cundía en la tierra, y que todos

los pensamientos que ideaba en su corazón eran puro mal de continuo, le pesó a Jahvé de haber hecho al hombre en la tierra, y se indignó en su corazón" (Gen 5, ss.). Dios, entonces, envía el diluvio para destruir su creación, aunque salva a Noé. Después se arrepiente y promete una nueva alianza: "ya no habrá perdición".

También san Ignacio nos presenta una visión de algún modo semejante. Dice cómo ve Dios -el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo- la *totalidad* de nuestro mundo y su diversidad -unos en paz, otros en guerra, unos naciendo, otros muriendo. Y llega a dos conclusiones importantes.

La primera es que todos los seres humanos se dirigen a la perdición, el sumo mal. La segunda, la que más le interesa recalcar, es la decisión de Dios: "hagamos redención del género humano". Así, Jesús, el Hijo, es enviado al mundo para traer salvación. En lenguaje actual, san Ignacio nos hace mirar a un mundo permeado por el mal y nos hace mirar a un Dios en el momento de hacer la decisión fundamental: salvar, usar de misericordia, no de condenación.

En términos de espiritualidad, esto significa para las personas y para la UCA, mirar la totalidad del mundo, no sólo pequeños enclaves ni nuestro mundo personal; analizar en profundidad la realidad de nuestro mundo, sin disimular, ni suavizar, ni ignorar la ingente crueldad y males presentes (destrucción de Afganistán, Irak, expolio de África...), y, sobre todo, reaccionar con la compasión primordial: "hagamos salvación".

2.2. Nuestra responsabilidad ante el pueblo crucificado

Las mayorías de pobres y víctimas sufren la pobreza en todas sus formas: graves penurias para sobrevivir, muerte por hambre, desprecios e indignidad, no tienen palabra para decir su verdad, y ni siquiera tienen nombre, es decir, no existen. Hoy se repite que estos males tienen causas históricas, y también san Ignacio lo formulaba con radicalidad, aunque en la conceptualización religiosa de su tiempo: el pecado produce muerte. Por eso, cuando el ser humano se pregunta por su propio pecado, san Ignacio le pide que se ponga ante un muerto, un ajusticiado, Cristo crucificado. Y le pide que se pregunte qué ha hecho para que ese Cristo esté en la cruz y qué va a hacer por él.

Es bien conocida la genialidad de Ellacuría al actualizar para hoy estas reflexiones. Dice que debemos ponernos, personas e instituciones, ante “el pueblo crucificado”, y preguntarnos “qué hemos hecho para crucificarlo, qué hacemos para bajarlo de la cruz, qué vamos a hacer para que resucite”. Lo esencial es, entonces, el reconocimiento de que la muerte, en sus diversas formas, tiene causas históricas; que todos, personas e instituciones, participamos, o podemos participar, en esas muertes; que debemos devolver a la vida a las víctimas; y que en ello nos va nuestra propia salvación y humanización.

En términos de espiritualidad, de lo dicho en los dos últimos apartados se desprende que elementos esenciales del espíritu de personas e instituciones son la honradez con lo real y con nuestra propia realidad, incluida nuestra responsabilidad ante los pueblos crucificados, la compasión primordial, la decisión a bajarlos de la cruz. Es recordatorio obligado para la UCA.

2.3. Caminos de humanización y de deshumanización

San Ignacio, antes de ser persona estudiada y sacerdote - recordémoslo-, captó muy bien que en la vida hay que hacer una elección sin componendas entre lo que lleva a una vida humana y humanizante y a otra inhumana y deshumanizante. Lo dijo en una célebre meditación que llamó “las dos banderas”.

Dice en ella que el camino que lleva a lo inhumano comienza con la *codicia de riquezas* (acumulación, abundancia en un mundo de miseria...) - y añade sabiamente “lo que suele suceder casi siempre”. De ahí se avanza al *vano honor del mundo* (ser tenidos por los mejores, distanciamiento de lo débil y pequeño...). Finalmente se llega a *soberbia* (prepotencia, poder opresor...). Por su parte, el camino que lleva a lo humano comienza con la *pobreza* (austeridad, sencillez...). De ahí se avanza a los *oprobios y menosprecios* (persecuciones, difamaciones, falsas acusaciones...). Y de ahí se llega a la *humildad* (un modo cabal de ser humano...).

Estos dos caminos son distintos, excluyentes y duélicos, es decir, están el uno contra el otro, lo cual es importante recordar en tiempos de exagerada ideología de diálogo y tolerancia, como si todo, lo mejor y lo peor, pudiesen convivir juntos sin chirriar. Insiste también en que el

punto de partida, sea riqueza o sea pobreza, es fundamental porque cada uno tiene su propia dinámica, y lleva, como por necesidad, a mayores males y a mayores bienes. Por último recalca que cada uno de los caminos conduce a *un modo totalizante de ser: a todos los vicios y a todas las virtudes*. En palabras nuestras, lleva a la deshumanización o a la humanización.

Nos hemos detenido en esta reflexión de san Ignacio porque me parece muy ignorada, lo cual es comprensible porque es altamente contracultural. Pero es también muy esperanzadora, pues ofrece un camino de vida.

En lenguaje actual, Ignacio Ellacuría describió, dialécticamente, ambos caminos, su origen y su meta, como “civilización del capital” y “civilización del trabajo”. Y más radical y novedosamente, como “civilización de la riqueza” y “civilización de la pobreza”. No hay tiempo ahora para analizar ambas cosas a fondo ni para historizarlas adecuadamente. Baste reseñarlas como algo central en la visión de Ellacuría, que se remiten al del espíritu de San Ignacio.

En lo que quiero insistir es en que aquí se ofrece la posibilidad de humanización, de sentido de la vida, personal, social y profesional, lo cual es hoy *rara avis*, aunque muy necesario. En definitiva se ofrece la posibilidad del gozo, formulada paradójica y escandalosamente en la línea de las bienaventuranzas de Jesús: “dichosos ustedes los pobres, los sencillos, los compasivos, los que tienen hambre y sed de justicia, los que trabajan por la paz, los que tienen limpio el corazón y la vista... dichosos ustedes cuando les persigan por todo esto”. Es absolutamente contracultural en la realidad en que vivimos, pero es buena noticia.

Por lo que toca a la UCA, ésta siempre está tentada a elegir el camino de la riqueza, aunque en su larga historia hay importantes señales de que ha elegido el camino de la pobreza, la persecución, la entrega... Ese último camino ha llevado a la UCA a una vida más verdadera y a ser una universidad más humana. Según la paradoja ignaciana y evangélica, el camino de la pobreza le llevó al martirio, lo cual la convirtió en universidad verdaderamente humana. Aquí está la tarea y el logro de siempre para la UCA. Es, pues, posible, pero nunca hay que darlo por supuesto. A ello ayuda el recordatorio de san Ignacio.

3. El potencial apostólico de una universidad

El Padre Cardenal les hablará de la fundación de colegios y universidades, y de las razones históricas para ello, ya en tiempo de san Ignacio. Lo fundamental es que vio en ambas cosas instrumentos idóneos para su ideal de servicio. Ahora sólo vamos a mencionar dos convicciones personales suyas, manifestaciones de su “espíritu”, que facilitaron que la universidad fuese instrumento apto para el apostolado.

3.1. La importancia apostólica del saber

En el siglo XVI el reformador Lutero desconfiaba de la razón para dar absoluta primacía a la palabra de Dios. San Ignacio, sin embargo, vio en el *saber racional* -aunque tuviese sus peligros, y por eso no era aficionado a Erasmo, el gran humanista, pues “le quitaba la devoción”- un gran instrumento “para ayudar a las ánimas”.

Así lo muestra, ante todo y de manera impresionante, su propia vida. Los saberes eclesiásticos le eran necesarios, pues sin ellos no obtendría permiso para predicar, y de ahí que a los 30 años comenzó a estudiar los rudimentos del latín con niños de 10 años para acceder a la universidad. Pero además, comprendió la importancia “intrínseca” del saber, lo que, en mi opinión, se echa de ver en que eligió las mejores universidades a su alcance, Alcalá, Salamanca y París, donde se graduó de lo que hoy llamaríamos filosofía y teología, y en que no acortó en nada el tiempo de los estudios pese a su edad avanzada. Esto parece expresar su aprecio por los “buenos saberes”. Siglos después, y en contextos diferentes, Ignacio Ellacuría exigiría a los estudiantes “una pasión revolucionaria por el estudio”. El presupuesto era el potencial apostólico del saber.

Me quiero ahora detener un poco en la *universalidad* de saberes que propició san Ignacio, y para ello hay que volver a su concepción del servicio: para él el ámbito del servicio apostólico era *todo*. Cuando fundó la Compañía de Jesús en 1540 no mencionó una actividad específica de los jesuitas, sino una variedad de ellas: a modo de ejemplos, se lee en los textos fundacionales: propagar la fe, administrar sacramentos, enseñar doctrina, reconciliar a los desavenidos, hacer obras de

misericordia... Y es bien conocido que los jesuitas muy pronto fueron hasta la India y Japón, fundaron las reducciones del Paraguay, descubrieron cráteres de la luna... De igual modo en las universidades se impartían todas las disciplinas, con la excepción de derecho y medicina. Era la expresión de la universalidad del servicio.

A la universalidad del servicio correspondía, pues, la universalidad del saber. Para nuestro tema esto significa que para san Ignacio una universidad puede dedicarse a todo lo que tenga que ver con la ciencia y la cultura sin poner barreras al saber, y así los jesuitas pronto se dedicaron a la literatura, astronomía, matemáticas, además de la filosofía y la teología.

A ese actitud universalista hay que añadir hoy la de “discernir los signos de los tiempos”, es decir, “conocer” dónde y cómo se densifica, por así decirlo, la realidad -y la presencia de Dios y de su voluntad. Esto supone aceptar el “más” del saber, en su novedad indeducible. Y digamos de pasada que en este ejercicio de “discernir”, como un modo de llegar a “conocer”, también fue insigne san Ignacio.

Digamos por último que ese aprecio por la *universalidad* de los saberes hizo muy connatural el que los jesuitas se dedicasen a la *universitas*, pero no como mera yuxtaposición de saberes, sino como comunidad de profesores y estudiantes que se dedican a ellos, formando de alguna manera un cuerpo. También a esa dimensión de *cuerpo* cooperó indirectamente san Ignacio desde otra perspectiva, que provenía más específicamente de su concepción de vida religiosa: el servicio tenía que ser llevado a cabo por un *cuerpo* apostólico y con *unión de los ánimos* para realizar ese servicio a una, en forma más humana y eficaz.

La conclusión es que la universidad fue una eficaz posibilidad apostólica para san Ignacio. Pero, aunque sea obvio, es importante añadir que también tiene peligros intrínsecos. Visto desde hoy, el mayor de ellos consiste en que el saber es poder, y el saber de una institución poderosa se puede convertir en un gran poder. El problema consiste, entonces, en decidir humana y cristianamente al servicio de quiénes y de qué se pone ese poder que es el saber en manos de una institución. Esta reflexión es obvia pero se debe hacer una y otra vez. José Comblin,

por ejemplo, cuando habló en la UCA hace un año, nos dijo que las universidades y los medios de comunicación son dos instituciones claves del capitalismo neoliberal, pues ponen el conocer y el saber al servicio de los poderes de este mundo.

También Ignacio Ellacuría fue consciente de este grave problema. Por un lado, era defensor acérrimo y propiciador de todo lo que fuese saber racional universitario, lo cual es bien conocido. Por otro lado, fue bien consciente de que ese saber, convertido en poder social, podía usarse en contra de las mayorías populares. De ahí su machacona insistencia en definir bien lo que es una universidad y en definir bien el papel que debe jugar la inteligencia, la razón, la ciencia, la excelencia académica, para que la universidad sea buena y humana. Recordemos una vez más como la definía: "la Universidad debe encarnarse entre los pobres intelectualmente para ser ciencia de los que no tienen voz, el respaldo intelectual de los que en su realidad misma tienen la verdad y la razón, aunque sea a veces a modo de despojo, pero que no cuentan con las razones académicas que justifiquen y legitimen su verdad y su razón" (Santa Clara, 12 de junio, 1982).

San Ignacio aplaudiría estas palabras. Animan a la búsqueda de la verdad a través del saber, pero lo hacen ante un pueblo crucificado para bajarlo de la cruz.

3.2. El bien más universal

Hay una frase de san Ignacio, que suele citarse con frecuencia: "el bien, cuanto más universal es más divino". Ellacuría se preguntaba cómo se hace realidad hoy ese bien más universal, y respondía que a través de un apostolado, una praxis, dirigida al cambio estructural. La pregunta obvia que surge es *qué* en concreto es apto para el cambio de estructuras.

No hay una respuesta única. Por lo que toca a individuos, una idea, la de Marx, una palabra, la de Monseñor Romero, tienen sin duda gran incidencia en la conciencia colectiva, es decir, en una realidad estructural. Por lo que toca a grupos, también la pueden tener las organizaciones populares de antaño, las manifestaciones masivas de

hoy, una red de comunidades... Por supuesto la tienen los sistemas económicos... Todas estas realidades pueden producir un “bien más universal, más divino”, y, dada la ambigüedad de lo humano, también pueden producir un “mal más universal, más diabólico”.

Lo que aquí nos interesa recalcar es que también una universidad puede incidir en la realidad estructural con un buen grado de eficacia - para bien o para mal- y de manera específica, pues su referente primario no son tanto los individuos, sino las estructuras y la sociedad. En cuanto hace uso del saber, éste, por su naturaleza, puede universalizarse, llegar y configurar a muchos. Puesto este saber al servicio del bien, analizándolo en sus causas, puede universalizarlo. Dirigido crítica, realista y utópicamente, hacia las estructuras puede ofrecer caminos de cambios importantes. Además, por ser generado ese saber en una universidad, va respaldado por un peso social que lo potencia. La expresión “la UCA dice” tiene un efecto mayor que si se trata de la opinión de una persona individual.

Una universidad, no sólo ella, puede producir “un bien más universal y más divino”, y ello debe generar responsabilidad y aliento en el trabajo. El saber universitario tiene un potencial para producir estructuras sociales, económicas, políticas, culturales y religiosas más humanas.

Lo dicho en esta exposición hay que entenderlo bien. El “espíritu” de san Ignacio puede ser eficaz para que una universidad cumpla con su responsabilidad en un país pobre del tercer mundo como el nuestro, pero eso no debería llevar a un *fundamentalismo ignaciano*, del cual, por cierto, el primero en desaprobarlo sería san Ignacio. No creo que haya que echar mano sólo de san Ignacio para introducir espíritu en personas e instituciones, y san Ignacio tuvo limitaciones y carencias propias de la época. Hay que acudir también a otras fuentes de espíritu. Entre nosotros, a Medellín, Monseñor Romero, los mártires latinoamericanos o el obispo mártir del Congo Cristóbal Munzihirwa -por no quedarnos sólo en El Salvador o en América Latina.

Pero dicho esto terminemos con la tesis fundamental de esta exposición. Visto san Ignacio, juntamente con -no separado ni más allá

de- movimientos y personas como las mencionadas, no cabe duda de que puede ayudar mucho a configurar la identidad y la misión de la UCA y de las personas que trabajan en ella. Su espíritu permanece como un referente importante para la UCA, no de forma dogmática, pero sí invitante, cuestionante y animante.

